



La crítica de arte Olga Larnaudie, conocedora profunda de la obra de Gladys Afamado, explica la trayectoria de la artista, en el catálogo de la muestra realizada en el Centro Cultural Dodecá en abril de 2009.

Hace pronto treinta años –en agosto de 1979- prologué una muestra de Gladys Afamado en la Alianza Uruguay-EE.UU. Era su primera exposición individual, después de muchos años de trabajo artístico, y de una visibilidad lograda a través de emprendimientos colectivos. Señalé en ese texto que Gladys había dado un giro en su obra, tanto a nivel técnico como de imagen; mientras el público e incluso la crítica continuaban pagando tributo a un cliché que la ubicaba como una artista refinada instalada en “un mundo delicado y femenino, dominado por apacibles rostros y por pájaros y flores”. Algunos adjetivos que entonces utilicé tenían que ver con la dificultad de aceptar un espacio de género en las artes visuales, algo que a esta altura considero ineludible para ubicar a algunas creadoras.

Gladys Afamado fue incorporando a sus grabados en linóleo, difundidos a través de numerosas ediciones de Club de Grabado de Montevideo, el uso de nuevos recursos expresivos, como el gofrado, y sumó una mayor cuota de humor –e incluso de ironía- a sus historias gráficas. Siguió desde entonces y hasta ahora incorporando nuevos materiales y técnicas a su manejo expresivo. En un rápido recorrido puedo recordar los “criptolitos” – piedras pintadas- mostrados en 1983, una ambientación en el Museo Blanes, sus grandes imágenes digitales del 2000 en el Museo de Arte Contemporáneo, la permanencia de su entusiasmo por los nuevos lenguajes que se integran a manejos textiles en sus libros de artista del 2007 en la Sala Sáez. Para llegar a esta opción textil diferente, con un blanco y negro dominante, que se instala en Dodecá, en un traslado singular de sus antecedentes gráficos y poéticos.